

LA OFENSIVA K DE KAFKA  
Un escritor sagrado y puro

Toni Montesinos



© Toni Montesinos  
© de esta edición: Báltica Editorial  
© de la cubierta: Nora Montesinos

Maquetación: Prema Served, [www.premaserved.com](http://www.premaserved.com)  
Impresión: Estugraf Impresores S.L.  
Pol. Ind. Los Huertecillos, Calle Pino, nº 5, 28350  
Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-122326-6-0  
DL: M-27334-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

A Monika Zgustova,  
en agradecimiento por su confianza



## ÍNDICE

Nota previa: El mar congelado que hay dentro de nosotros .....	9
Kafka entre la penumbra y la elusión .....	13
Praga o escribir para existir .....	23
Hašek y Rilke frente a la guerra .....	37
Una burguesía hipócrita y cobarde .....	49
Las mujeres como trampas .....	59
El antisemitismo: un código cultural .....	69
Los totalitarios contra Hrabal y Havel .....	81
El legado kafkiano <i>culpable</i> y judicial .....	91
Siniestro siglo XXI, familiar y extraño .....	103
El ensueño de la vida interior .....	117
Bibliografía .....	129





## Nota previa: El mar congelado que hay dentro de nosotros

Franz Kafka me ha acompañado desde siempre, seduciéndome todo al respecto de él en uno de esos casos en que el aprecio a un escritor no cesa, sino al contrario, crece y se asienta perdurando, cuando el de otros acaba siendo temporal y pasajero por mucho que nos gustaran en su día. Autores como él, y otros que marcaron el devenir de la modernidad literaria como Proust o Joyce, hoy, si difundieran su voz literaria por vez primera, serían exquisitos *Nadie*, supongo, personas excéntricas escribiendo textos para los que son necesarias virtudes hoy bastante perdidas: la paciencia y la reflexión, además del gusto profundo por la expresión rica e incluso poética y filosófica. El propio Kafka se sentiría desconcertado en este presuroso periodo, él, que apuntó en un aforismo que «todos los errores humanos son impaciencia, una interrupción de lo metódico», y que nuestros pecados capitales proceden de la indolencia.

Decía Hannah Arendt, en un artículo de 1944, que lo que contaba para Kafka no era la realidad, sino la



verdad. Y tal vez por ello fue un narrador doliente, que se enfrentaba a las palabras con tesón, detallismo y perfeccionamiento. En torno a ello, acaso fuera iluminador acudir a una observación que hiciera, supuestamente, a su amigo Gustav Janouch: «Inventar es más fácil que encontrar. Representar la realidad en su propia y más amplia diversidad, seguramente es lo más difícil que hay. Los rostros cotidianos desfilan ante nosotros como un misterioso ejército de insectos».

Así las cosas, podría decirse que la representación es anterior a la invención; luego, vendría la experiencia estética, la recreación artística del artesano que consume horas y horas en limar el resultado de su escritura; y también, la elevación de lo realista al terreno ficticio de la literatura, el hecho de poner a hablar a esos insectos que deambulan a nuestro alrededor y que guardan una historia siempre singular, unos pensamientos desconocidos que salen a la luz por mediación de la palabra vivificadora.

José Balza, en un ensayo de *Este mar narrativo* —dedicado al *Quijote* y a cuestiones y autores contemporáneos—, decía que le interesaban sobre todo aquellos «creadores de técnicas propias, de instrumentos narrativos singulares»: Joyce, Robbe-Grillet, Faulkner, Onetti, Huxley, Rulfo... y, muy especialmente, Kafka y Proust. «En Kafka la ilación, la continuidad de la acción avanza sobre sí misma con una precisión tal que se convierte en espiral, en línea de la que no es





posible huir, obsesiva, que se hace compleja, ramificándose hasta aturdir cuando se llega al final de esos libros que no concluyen».

Y creo que esa es justamente la sensación que despiertan los textos kafkianos, el culmen de la escritura precisa y magnética: no tienen límite, no acaban nunca; simbólicamente, porque el checo tiene en su haber obras inacabadas, o textos no literarios, como las páginas personales de sus cartas y diarios que él trascendió a prosa artística y maravillosamente intensa; y también en relación con su personalidad, que siempre resurge asombrándonos a través de testimonios, estudios, descubrimientos a partir de nuevas investigaciones.

Pues bien, las circunstancias me han ido llevando a interesarme no solo por asuntos relacionados con Kafka, sino con otros escritores de su tierra natal que he acabado apreciando mucho, como Hrabal y Hašek, a raíz de mis inquietudes como lector y escritor y mi trabajo como crítico literario. Lo cual quedó en parte reflejado en dos libros, *Escribir. Leer. Vivir: Goethe, Tolstói, Mann, Zweig y Kafka* (Ediciones del Subsuelo, 2017) y *No habrá muerte. Letras del gulag y el nazismo: de Borís Pasternak a Imre Kertész* (Fórcola, 2018). Estos han sido la base para desarrollar el breve recorrido que presento ahora de varias décadas de literatura checa del siglo XX, con el eje, el centro, la diana, el sol Kafka, que siempre dice, me dice la Verdad —aunque sea la suya, íntima e intransferible.



Empezando, en el contexto en el que nos movemos, por la verdad *lectora*, con unas frases que están entre lo mejor, junto con diversos pasajes de Montaigne, de lo que jamás se ha dicho en ese terreno. «A mi juicio, solo deberíamos leer libros que nos muerden y nos pican. Si el libro que estamos leyendo no nos despierta de un puñetazo en la crisma, ¿para qué lo leemos? ¿Para que nos haga felices? Dios mío, también podríamos ser felices sin tener libros y, dado el caso, hasta podríamos escribir nosotros mismos los libros que nos hicieran felices», dijo en una celebrada ocasión, que recogió en un libro sobre Praga la escritora y traductora Monika Zgustova. Y seguía: «Sin embargo, necesitamos libros que surtan sobre nosotros el efecto de una desgracia muy dolorosa, como la muerte de alguien al que queríamos más que a nosotros, como un destierro en bosques alejados de todo ser humano, como un suicidio; un libro ha de ser un hacha para clavarla en el mar congelado que hay dentro de nosotros. Eso creo yo».

Y cómo no creer, compartir, experimentar lo mismo.

T. M.